

## La oscuridad que se tragó a los amantes

Daniel Serrano

Personaje:

Eduardo: 49 años.

*Siempre le habla a una grabadora.*

Eduardo.- El olor del café impregnado en la piel es para mí como el olor de la orina para los perros. Por eso todas las mañanas me lavo las manos con un poco de café (*Lo hace*) tibiecito. Tal vez pude haber encontrado otro símil para ilustrar mi gusto por el olor a café, ¿no crees, Eduviges? Por ejemplo el olor del azúcar para las hormigas, o el olor a estiércol para las moscas, o ya de plano, el olor a basura para las cucarachas. Debo de confesarte algo, Eduviges. Aunque siempre tuve la sensación de que todo lo que te confesaba ya lo sabías. Por alguna razón odiaba algo de lo que me enamoré. Es decir, lo que cuando novios se volvió atractivo, cuando ya esposos se volvió repugnante... Bueno, no sé si repugnante, pero sí detestable. Hablo de que siempre tuve la sensación de que ibas un paso adelante de mí. No digo literalmente... Aunque también... Me refiero propiamente a este asunto de hacerme quedar mal ante todos, - incluso ante Dios cuando estábamos solos - y adelantarte siempre... En pensamiento, palabra, y hasta omisión. El caso es que lo que te quiero confesar, es que muchas veces pensé en inventar un desodorante con olor a basura para rociar toda la casa de Georgina y que las cucarachas se fueran para allá. Después me enteré que sí existían unos dulces con sabor a excremento con los que juegan los niños, así que mi invento no iba a resultar novedoso. Seguramente me hubieras preguntado por qué en la casa de Georgina... Pues por varias razones. La primera porque es la casa que está más cerca de nosotros. La de Jorge Galván está también cerca, pero el pequeño jardincito que puso hace que la puerta de la casa de nosotros esté a 4.5 metros más lejos que la puerta de la casa de Georgina. Segunda razón, pero no menos importante: Que como buenos vecinos tenemos que ayudarle a superar sus traumas. ¡No puede ser que Georgina les tenga tanto miedo a esos animalitos del Señor! Fíjate qué curioso, hay

gente que adopta serpientes y ratones, pero nadie tiene cucarachas como mascotas, ¡y las serpientes te pueden matar, pero las cucarachas, ¿qué te hacen? No es que yo sea amante de las cucarachas, ni que estuviera loco. También me da mi asquito, pero qué mejor que buscarles una utilidad, y esa es quitarle el trauma a Georgina. ¿Cómo se quitan los traumas? ¡Pues enfrentándolos! Así que lo mejor para ser un buen vecino es enviarle a Georgina una legión de cucarachas. La tercera razón es porque Jorge Galván no se lo merece. Si tenemos que escoger entre que se vaya Georgina o Jorge Galván, pues yo me quedo con Jorge Galván. También tengo mis razones, Eduviges. La primera es que Georgina no tiene orejas, y por lo tanto habla todo el tiempo. Jorge Galván es orejón, y sabe escucharme. Ya sé que a ti te causa sospecha que Jorge Galván viva solo. Que no te gusta que los hombres vivan solos. Que te parece extraño. Pero Georgina también vive sola, y eso no te causa extrañeza. Nunca pude entender esa parte en la que decías que era de lo más normal que una mujer viviera sola y que era perverso que un hombre viviera solo. ¡Mira quién te iba a decir que con el tiempo me ibas a pasar a fregar con esa idea! Tal vez estás pagando lo blandengue que fuiste con la Tita. ¡Por que esa es la palabra, Eduviges, blandengue! Ella debería estar aquí en este momento, Eduviges, conmigo, ayudándome a pensar qué es lo que tengo que hacer, qué es lo que tú me hubieras aconsejado en esta situación. Pero la Tita andaría quién sabe dónde con ese cabrón que a ti no se te caía de la boca. ¡Ari para aquí, Ari para allá! ¿Qué se le antojará a Ari que le haga de cenar, mijita? Lo que sea, mamá, pero que no salga mi papá con sus cosas. ¿Con mis cosas de qué? ¿Que porque me enojaba que a la hora de la comida guardaran una porción para Ari que venía seguramente en la noche a visitar a la Tita, cansado de trabajar toooooo el día. Pobrecito Ari. ¿Qué es ese nombre? ¿De verdad querías que tu hija se casara con alguien que se llama Ari? Y luego salieron que el tal Ari se llamaba Arturo y que de una vez me tenía que enterar; porque como yo sospechaba que no se llamaba así, pues dije que el día de la boda seguramente me iba a enterar, porque no creía que el cura le iba a decir Ari, así como a la Tita no le iba a decir Tita. Pero como no se casaron y se fueron así nada más, cuando me enojé con la Tita y me hice de palabras y tú en lugar de apoyarme como debería de ser te metiste para ya no oírnos discutir, pues ella me dijo: Y para que te lo sepas de una vez, Ari no se llama así, y no lo vas a descubrir en

la boda porque no nos vamos a casar nunca, y para demostrarte que no nos vamos a casar nunca, de una vez te digo que Ari se llama Arturo, y que le dicen así porque eso de Tury nunca le gustó y le rompió la maceta a un chamaco cuando le dijo así; y entonces los demás le dijeron: ¿Pues cómo quieres que te digamos?. Y el Ari, muy bueno para los madrazos pero muy inseguro, dijo que no sabía, que le preguntaran mejor a su hermana Arianna a la que él le decía Ari, y todos entendieron que a él le gustaba que le dijeran Ari, y así de inseguro como es pues ya no quiso decir que había una confusión, porque sentía que iba a pasar por pendejo... (*Breve pausa*) ¿Te das cuenta, Eduviges, qué caprichosa es la vida? Termino ocupando mi memoria con información de alguien como el Ari, al que odio con toda mi alma.

*Eduardo se huele las manos.*

Este olor a café impregnado en la piel, me recuerda al Viejo, Eduviges. Así olía, a café impregnado en su piel. Mezclado con un poquito de cigarro. Y fíjate lo que son las cosas. El Viejo me sentaba en su regazo, y como era mi papá, esa mezcla de olor a café impregnado en la piel con un toque de cigarro, era el olor a los papás. ¡Cómo me hubiera gustado que hubiera una fragancia así aunque sea encapsulada con olor a papá! ¿Y sabes cómo lo descubrí? Sirviéndole un café a Georgina, que vino a visitarte cuando ella se quedó sola. Le dijiste que la ibas a visitar, ¿te acuerdas? Y ella te dijo que si no te importaba que mejor ella viniera a la casa, que no tenía ganas de recibir a nadie en esa sala tan vacía. ¡Vacía! Si la tiene llena de cosas. El caso es que le dijiste que sí, que le ibas a hacer un pay de limón. Yo protesté. El pay de limón me parece una contradicción. Y resulta entonces que como Georgina mostró un leve entusiasmo, casi imperceptible, pues tu me dijiste que iba a ser de limón y no de manzana como yo propuse. La manzana es ácida y la tienes que hacer dulce, me dijiste. ¿Y el limón no? El limón es agrio, no ácido, me dijiste con ese tono que significaba que la discusión se había acabado y que el pastel iba a ser de limón. Tampoco esa vez entendí tu razonamiento. El caso es que vino Georgina, y entonces yo le estaba sirviendo un café en la cocina, y tú en la sala con ella, y ella contándote de como se murió Reynaldo, y de pronto, cuando ya se lo habían llevado a la funeraria para prepararlo, ella te contó,

¿te acuerdas?, que sintió mucho miedo porque vio en el patio, a través de la cortina, la sombra de un hombre. Tu le dijiste que los muertos muertos son, y que no regresan, pero ella te aseguró que era un vivo. Se parecía así como a tu esposo, te dijo. Y tu Eduviges, tosiste de repente, y a mí, que en ese justo momento estaba sirviéndole un café a Georgina, se me cayó en el dorso de la mano, y me quemé. No pude gritar, porque me delataba. Mientras me secaba la mano, oí cuando le contaste a Georgina, queriendo cambiar de tema, que yo estaba llevando un régimen alimenticio que me iba a bajar el colesterol, que porque en dos años cumplía 50, y que de una vez me había decidido, a partir de una plática que dieron en la universidad. Ella te preguntó que si qué enseñaba, y tú le dijiste, y ella se sorprendió porque nunca había escuchado de esas materias, y es allí donde yo me di cuenta que no estaba muy preparada que digamos, y luego, con un gesto natural, me llevé la mano a la nariz... Y allí estaba... Ese aroma que no había vuelto a oler... Ese aroma a mi Viejo... Y fue allí cuando decidí empezar a hacer la lista... No sabía si iba a ser por orden alfabético, o por cómo se me fuera ocurriendo, o por como los iba a ir atendiendo; pero el caso es que a la primera que puse en mi lista fue a Georgina. Que además causaba muchas contradicciones en mi alma, porque aunque me caía muy mal, gracias a ella había descubierto que si me echaba un poco de café en las manos, tibiecito de preferencia, podía evocar aquel olor. Sé que si alguna vez te hubieras enterado de esa lista, habrías alegado que también tendría que estar Jorge Galván, pero yo no le veía ningún motivo. No se lo había ganado. De hecho, la relación con Jorge Galván se remitía solamente a saludarnos de lejos, y comentar alguna cosa del clima, o del futbol. También Jorge Galván le iba a los Pumas. En todo caso, quien sí se lo merecía más era Raymundo, hermano de Jorge, ¿te acuerdas de él? Siempre que venía a visitar a Jorge, antes que nada pasaba a saludarnos a nosotros. A mí siempre me pareció que te tiraba los perros. Y te lo llegué a decir, ¿te acuerdas? Pero tú me decías que de dónde sacaba esas cosas. Además, Raymundo está muy feo, me decías. ¿Y entonces si hubiera estado guapo, qué? Porque tú, Eduviges, por algo me conquistaste. Aunque tu siempre asegurabas que yo había sido el que te había conquistado. Y que justamente porque te habías enamorado de mí, resultaba que el amor era inexplicable. ¡Y justamente porque esa frase siempre me retumbó en el cerebro, me preocupaba lo

zalamero de Raymundo! Efectivamente, Raymundo era muy feo, pero como el amor es inexplicable, ¿quién te dice que no te ibas a enamorar de él?... Mira qué curioso, hasta ahora puedo articular esta situación. En aquel momento solo atiné a decir... Si, como no, también la putería es inexplicable. Ahora te lo confieso, Eduviges, porque en aquel momento no escuchaste bien lo de “putería”, y me preguntaste que qué había dicho, y yo saqué platica por otro lado. Claro que no lo escuchaste porque yo dije “putería” entre dientes. Así me salió. Yo digo que no fue a propósito, pero así me salió. Creo que el decirlo así me salió del inconsciente porque sabía que esas palabras no te gustaban, porque decías que ofendían a Dios. Nunca pensé que Dios se fijara en mis palabras. Por lo menos no en aquel momento. Ahora pienso que Dios ya se fijó en mí. Como todos ahora. Por fin me voltearon a ver. Y creo que tiene que ver con que Dios me volteó a ver. Así es el ser humano. Voltea a ver para donde está viendo Dios. ¿Ya viste ese experimento del tipo que se para en una esquina y voltea hacia arriba y al ratito ya hay una serie de gente acompañándolo, viendo también hacia arriba sin saber que es lo que el tipo ve? Pues así ustedes con Dios; y por eso, Eduviges, tengo que estar presentable.

*Empieza a cambiarse de ropa. Lentamente. Mientras sigue grabando.*

El asunto es que cuando Dios te voltea a ver es porque, dicen algunos, ya te va a llevar. Pero yo no lo creo. No creo que, nada más por mencionar a alguien, que al Ari lo hubiera volteado a ver. ¡Y ya ves! ¿Te acuerdas, Eduviges, que decías que Dios hablaba casi de tú por tú con la madre Teresa de Calcuta? Y esa señora duro como mil años, ¿te acuerdas? Bueno, pues yo no tengo miedo. Cuando uno mismo se rebasa, pues ya no le da miedo. Tal vez sea porque ya no hay esperanzas. Porque dicen que cuando la esperanza se muere se deja de tener miedo. Yo lo que creo es que Dios me ha volteado a ver para que yo reflexione y piense en mí mismo. ¿Y qué crees, Eduviges? ¡Ya empecé a pensar en mí mismo! A ver, ¿Te acuerdas cuál era una de mis asignaturas pendientes en la vida?... Nada complicado, Eduviges. ¡Sólo bailar! Así que ayer fui a una academia de baile. Me recibió una muchachita, Teresa, se llama. Aunque luego me enteré de que no es tan muchachita, anda por los treinta y cinco. Teresa fue

muy amable. Me dio confianza, y así, a rajatabla, le dije que quería tomar clases de baile. ¿Ya ha bailado Usted antes, señor? Me preguntó con una gran sonrisa. Era chaparrita Teresa, nalgoncita. No, le dije. Bueno, pues nunca es tarde para comenzar, me dijo. Creo que esa frase es lo único que no me gustó de Teresa. ¿A qué se refería con “tarde”? A mí me parece que nunca es tarde, tuve ganas de responderle; pero se dio la media vuelta para darme un formato que tenía que llenar. Nada más ponga su nombre, su dirección, su edad, y lea bien esa letra chiquita, y su firma. Lo demás en realidad no importa, me dijo Teresa. ¿Sabes qué decía en la letra chiquita? Que la empresa, o sea Teresa y su gente, no se hacían responsables porque me diera un infarto mientras tomaba la clase. En realidad no decía así, pero es obvio que si dice que no se hacen responsables por algún incidente o accidente que suceda durante el transcurso de la clase, ¡pues se refiere a eso! Tuve el impulso de irme, pero cuando le vi bien la cara a Teresa, supe que esa cláusula no se le había ocurrido a ella, así que seguramente la copió de algún otro contrato de alguna otra academia, por lo tanto encontraría la famosa cláusula anti infartos en todas las academias. ¡Muy bien, señor Montañón! Mire, ¿qué género le gustaría?... Al principio pensé que se refería si me gustaría bailar con una mujer o con un hombre... ¿Cómo? Le pregunté. Teresa sonrió todavía más, con cara de: no me entendió ni madre, ¿verdad? Bastó su sonrisa burlona para que yo entendiera, y entonces sin respirar y a rajatabla le solté. ¡Quiero aprender a bailar tap! ¡Y quiero ser el mejor! ¿Se puede? Si no se puede dígame y busco en otro lugar, yo no vine a presionar a nadie. Si hubieras estado presente seguramente no te hubiera gustado la forma en que le hablé a Teresa. Yo solo creo que tarde o temprano se llega el momento de cumplir tus sueños. Y fíjate qué curioso. Uno se pasa la vida pensando sus sueños, pero no tiene tiempo para buscarlos, pues porque uno tiene que trabajar y ver por la familia. Lo paradójico es que cuando dejé de pensar en mis sueños, estoy a punto de encontrarlos. Me voy a jubilar ya, Eduviges, y después de que aprenda a bailar, voy a aprender a tocar el violín. ¡Así te la pongo, Eduviges! ¡El violín! Y luego voy a hacer las dos cosas. ¿A poco no va a ser algo verdaderamente nuevo? ¿Cuándo has visto a un violinista bailando? O al revés, a un bailarín tocando el violín. Ahora mis obligaciones serán realizar mis sueños. Una vez

me dijiste que el mundo no era de los cursis, Eduviges, pues ahora te voy a demostrar que estabas, como en muchas otras cosas, equivocada.

Volviendo a Teresa, pues resulta que después de mi retahíla, se quedó sería, y luego se acordó que yo era al fin y al cabo un cliente. Así que ahora la de la retahíla era ella. Con una voz como de departamento de salchichonería me dijo. Aquí enseñamos de todo: Danzas autóctonas, danza ritual, clásico, neoclásico, contemporáneo, posmoderno, danza folclórica, danza mínima, danza teatro, danza butoh, jazz, jazz lírico, jazz contemporáneo, danza urbana, street dance, hip hop, funk, breakdance, shuffle, popping, C-walk, bailes de salón, salsa, merengue, cumbia, bachata, rumba, mambo, danzón, tango, cha-cha-cha y hasta no danza. Nos quedamos viendo un segundo. Respiró, y entonces le pregunté... ¿Y tap? Y tap, respondió, ahora sí sin sonrisa, ahora sí con un poco de mal humor. Entonces que sea tap, le dije. Teresa volvió a respirar. No es que antes no hubiera respirado, pero es esa forma de respirar tan especial, como sólo Teresa y tú saben. Bueno, me dijo, ahora tiene que llenar esta otra forma. Sobre todo donde dice que sí tiene algún problema físico. ¿Tiene algún problema en las rodillas? No. ¿En la cintura? No. ¿En la cadera?... Hasta ese momento hice conciencia de que tenía cadera. Nunca me había puesto a pensar en eso. No, no tengo ningún problema en la cadera. Muy bien, ¿podemos empezar ahorita? Podemos. (*Empieza a ponerse unos zapatos de tap*) Entonces pase a pagar su inscripción, su mensualidad y sus zapatos de tap. Me sacaron una cuentonón, como que me querían desanimar, pero ellos no me conocen, Eduviges, sobretodo cuando uno ya se decidió a lograr sus sueños. Fui y pagué. Volví ya con los zapatos de tap. Nada más al caminar ya se escuchaba bonito el tap. Tap, tap, tap, (*Hace unos pasos de tap*) Y entonces llegó la hora de la verdad cuando Teresa me pregunto por mi música favorita. José José. Así nada más, se lo dije. José José. Se me quedó viendo. Una vez un alumno me preguntó: Profe, ¿Cuál es su cantante favorito? Y yo le dije que José José. ¿Sabes qué me contestó, Eduviges? Que nunca hubiera pensado que a un profesor que enseñaba *Epistemología* y *Sociología del desarrollo* le gustara José José. Pues, sí, me gusta José José y quisiera bailar tap con una rola de José José. Es usted un chavo-ruco, me dijo Teresa. ¿Y eso está mal, Eduviges? ¿Por qué?, le reclamé a Teresa. Pues porque dice “una rola de José José”. Pero además, me dijo, eso no se

puede bailar. ¡Pues aprenda!, le grité a Teresa. Se hizo un silencio incómodo. Creo que de no ser porque había pagado 8 mil pesos por todo que me cobraron, Teresa me hubiera corrido de su academia. Muy bien, bailaremos una rola de José José, ¿cuál?... Pues Usted dígame... Yo sólo he escuchado dos o tres. No es de mi época. ¡Eso me dijo la tal Teresa! Y bueno, Eduviges, como comprenderás, me iba a ir. Teresa se dio cuenta, y con colita, me dijo: “En esta empresa garantizamos nuestro trabajo, así que no hay devoluciones”. ¿Sabes qué creo, Eduviges? Que una rola de José José sí se puede bailar en tap. Se lo dije a Teresa, y fue entonces cuando volvió su amplia y amable sonrisa a su rostro. Tiene usted razón, señor Montaña. Lo que quise decir es que una rola de José José es muy complicado. Pero podemos empezar con algo más simple, ¿cómo ve? Me pareció muy bien.

*Eduardo empieza a tararear la pieza musical que a continuación va a bailar. Hasta que la música entra, y baila una pieza de tap. (Con música para tap, no de José José)*

Nunca pensaste que sí era capaz, ¿verdad, Eduviges? Una vez Georgina vio mis zapatos de tap. Yo tenía la cajuela abierta de mi carro, y cuando estaba a punto de cerrarla, pasó Georgina por detrás y los vio. ¡Qué bonitos zapatos!, me dijo. ¿Son de tap?... ¿De qué?... De tap... No sé qué es eso... ¿Cómo no va a saber, don Lalo?... ¡Pues no son!, le dije... ¡Qué carácter!... y se fue apurando el paso. Siempre he pensado que Georgina mató a Raymundo.

Pienso que las cosas mundanas son necesarias para equilibrar la vida. Por eso me gustaría que el ejercicio del tap fuera una obligación. No le digo a nadie eso, porque ya los estoy oyendo: “ahora resulta que bailar tap es una obligación”. Alguna vez tuve el impulso de decírtelo a ti, Eduviges. Por alguna razón ese día pensé que me ibas a comprender. Es decir, a veces, lo bonito entre los esposos es la comprensión mutua sin raciocinio. Pero en ese momento me saliste con que teníamos que hacer algo con la biblioteca, que porque ya no cabía. ¡Con mí biblioteca!... ¿Y si los donamos?... ¿Sabes cuánto me costó armar mi biblioteca!? Te lo dije, Eduviges, ¿te acuerdas? Y me saliste con que: pues no ha servido de nada. Así que mejor no te dije el asunto de que lo mundano equilibra. Porque no lo ibas a apreciar... Y en ese momento empecé a



desmontar mi biblioteca. Tal vez ahora la recupere. Ari la vio una vez y me preguntó que si no tenía ese libro de *Las sombras de Gray*. ¡No! Fui rotundo. Es que quisiera leerlo ¿sabes, suegro? ¿¡Por qué este imbécil me habla de tú!? ¿Fuimos acaso juntos a la primaria? Creo que puedo agarrar algunos tips que le pueden gustar a la Tita, me dijo. ¿Por qué aguanto a este pendejo?... Algo me pasa con la voz cuando me enojo. Se me vuelve chiquita, casi inaudible. ¿Te vas a casar con ella?... ¿Con la Tita? ¿Tú crees que sea buena idea?... (*Prácticamente inaudible*) No... (*Otra vez audible*) ¿Cómo?... (*Prácticamente inaudible*) No... (*Audible*) ¿Te sientes bien, suegro? Deberías de ir con un doctor. Cuando la ira pasa y decido que quiero decir algo, las palabras me salen a borbotones. Una sola vez me viste así, Eduviges, porque las demás veces que me enojé, me quedé sin palabras. Pero aquí sí tenía mucho que decir. Así que después de un tercer "no" casi inaudible... No... Vino el borbotón de palabras. ¡Yo voy a ir al doctor cuando me vaya a morir!... Silencio... Ari puso esa cara de pendejo que denota extrañeza... Se me quedó viendo, y así sin más dijo: Ya para qué... Evidentemente el Ari estaba evadiendo el tema, y si ya la Tita me había dicho que no se iba a casar nunca ni con el Ari ni con nadie, y el Ari no había podido decir que sí se iba a casar con la Tita, pues pensé que el tema estaba agotado. ¡Adiós a los nietos! ¿Qué hace un viejo sin nietos? Pero además una vez te dije que me preocupaba que la Tita no se casara porque pues el asunto sexual es algo que no se puede dejar así nada más de lado. Y tú, lo único que me contestaste fue: Ay, Lalito, ay Lalito, ni parece que enseñes filosofía... mientras me dabas una cachetada suavecita suavecita, que más bien era una caricia. En ese momento pensé que Ari también tenía que estar en la lista.

No sé si vayas a escuchar algún día esta grabación, Eduviges. A veces pienso que no, y es cuando me animo a decir más cosas. Como por ejemplo, ¿qué necesidad había de que le hicieras tantas fiestas a Raymundo Galván, el hermano de Jorge Galván? Georgina un día pasó así, como le gustaba pasar a ella, sin mucha alharaca, y me dijo: ¿Ya vio qué repuesto está Raymundo Galván? Yo lo veo igual de jodido que siempre, pensé, pero sólo dije, ¿Quién? ¡Raymundo Galván, el hermano de Jorge! El otro día lo vi en su casa, ¿a poco usted no lo vio? Se me hace raro, porque fue a su casa. Y la única estupidez que alcancé a decir fue: Es que yo no siempre estoy en mi casa... Georgina se me quedó viendo con una sonrisita burlona. ¿Ah no?, me dijo. ¡Pero esa

vez sí estaba en mi casa, le dije yo, enfáticamente. Allí lo vi, y sí, se ve muy mejorado. Georgina remató: Le debería de preguntar qué está haciendo para verse tan así... ¿Cómo tan así... Pues tan así, tan bien. Bueno, hasta Eduvigitas lo notó.... ¿Ah sí?... ¿No le dijo?... Sí, me dijo. Aquí entre nos, también me dijo que antes de la mejorada, parecía de 90 años, y que ahora parecía de 70... ¿Ah sí?... Sí... Bueno, pues a mejorarse todo el mundo, me dijo. Sentí que se seguía burlando de mi, la pinchi Georgina, Eduviges. Aunque sólo la vi de espaldas, hasta con ese culo caído tan feo que tiene parece que se está burlando de mi. Me fui casi llorando de la rabia de allí, Eduviges. Te quería matar. ¡Fíjate qué visionario me vi! Pero tú estabas hablando por teléfono. Y bueno, me seguí de largo a la recámara, sólo para pensar que tenía que investigar un poco sobre el tal Raymundo... Así que, mejor sin decirte nada, lo seguí. Era un jueves por la tarde. Averigüé donde vivía, me instalé en un lote baldío como a 100 metros de su casa, con unos binoculares. Primera mala señal... El tal Raymundo vivía sólo... Segunda mala señal... Se metió a bañar con tiempo, se rasuró con mucho cuidado, cantaba alegremente. Se perfumó, y como a eso de las ocho de la noche, salió de la casa. Tenía un carro de esos viejitos pero arreglados. Apenas alcancé a subirme a mi carro, y a seguirlo. Se detuvo en una florería. Se bajó contento, silbando. Evidentemente no iba a comprar una corona de muertos. Rosas rojas, doce, grandes, caras. Subió al carro y le dio rumbo a la casa. ¡Mi casa! Debo de confesarte, Eduviges, que sentí un calor que me subía desde los pies hasta la coronilla. No sé si era el coraje por la posible confirmación de que sí me engañabas con Raymundo, o si nada más me daba coraje que me importaras. Iba tan abstraído en mis pensamientos que estuve a punto de chocarlo por alcance en un alto. Él ni cuenta se dio, iba feliz. Tomó la calle Casiopea. ¡Tú cinismo no tenía límites, Eduviges! ¡Mira que citarlo en la casa!... Cuando Raymundo dio vuelta en la calle de nuestra casa, me frené en la esquina. Pensaba que era mejor que no viera mi carro. Así que me estacioné y me bajé para acercarme sigilosamente. Lo iba a dejar entrar, para así poder agarrarlos en la maroma. ¡Qué manera de decirle a la infidelidad!... De pronto, el carro del traidor bajó la velocidad, tosió dos veces, echó una bocanada de humo, y siguió de largo... ¿Por qué? ¿Me vería?... Seguramente... Me daban ganas de hacerle señas para que no se fuera... ¿Por qué el cambio de planes? Sí, seguramente me vió. ¡Carajo! ¡Íbamos a

alargar esta agonía!... Regresé a mi carro. Creo que iba más furioso que antes. Llegué a la casa, y te encontré toda fodonga, ¿te acuerdas? Fue cuando te pregunté qué hacías en fachas. ¿Y ahora?, me dijiste. ¿Esa es una forma de recibir a las visitas?, te reclamé.... ¿Cuáles visitas?... Pues, ¡las visitas que vienen a la casa!... ¿Ahorita?, ¡y yo en estas fachas!... ¿Y qué es lo que estoy diciéndote?.... ¿De qué hablas, Eduardo?... En ese momento me cayó el veinte de que te estaba haciendo una escena de celos, ¡y me enojé todavía más!, ¿te acuerdas?... Te quedaste absorta cuando te grité: ¡Si lo van a engañar a uno que por lo menos sea con clase!... Y me subí a mi cuarto... Pero esto no se iba a quedar así, porque yo seguía convencido de que el tal Raymundo me había visto... La calle donde vivíamos nosotros no era de paso... ¿Por qué entonces tuvo que pasar por allí? Claro que luego que me enfrié pues me acordé que Raymundo Galván es hermano de Jorge Galván que vive a un lado de nosotros. Pero de cualquier manera me parecía muy extraño, así que volví a mi puesto de vigilancia la tarde siguiente. Era viernes. Antes de salir de mi casa me encargué de que te quedara bien claro, Eduviges, que ese día iba a llegar tarde... A mí me hubiera gustado que me preguntaras a dónde iba, solo para mentirte, pero nada más encogiste los hombros, Eduviges. La oportunidad era perfecta. Así que me fui, confiado en que esta vez sí tendría la evidencia. Me aposté en mi trinchera. A cien metros de la casa de Raymundo. Entre los matorrales. Llevé un par de sandwiches comprados, para que no sospecharas. La paciencia es la mejor virtud para la venganza, pensaba. Así que estaba dispuesto a esperar el tiempo que fuera necesario... Y de pronto, sentí una presencia extraña. Alcanzaba a ver de reojo un bulto nada más. Sabía que no podía voltear rápidamente, porque los procedimientos decían otra cosa. ¡Imagínate, yo tenía la mente clara incluso para pensar en los procedimientos! Claro en lo inmediato, pero turbio en lo importante. Tardé más de lo necesario en voltear, y de pronto vi, de reojo también, una luz acompañada del sonido del cerillo que raspa la lija. (*Lo imita*) El ente había prendido un cigarro... Una bacha, me enteré después... Y entonces sí, llegó el momento de girar sobre mi propio cuerpo y quedar en el piso boca arriba, con la escopeta en la mano. Vicente Guerrero me vio de soslayo, más concentrado en que la bacha no se le apagara. Mucho gusto, me dijo, soy Vicente Guerrero... Luego un silencio de tres segundos, como para que yo reaccionara. Así me pusieron. Cuando

alguien le preguntó a mi mamá que por qué me había puesto Vicente, les dijo que por un hombre muy bueno que había conocido fugazmente. No, no va por donde piensas. El hombre una vez llegó al ejido donde vivía mi mamá, que era de los más grandes, y la gente se estaba muriendo de una epidemia de viruela del mono. Vicente, mi tocayo era algo así como entre médico, curandero y boticario. El caso es que atendió a varios, entre ellos a una trillizas que ya iban en gemelas y que dicen que la mamá de las gemelas, aunque no pudo salvar a las tres, estaba tan agradecida que esa si se lo benefició, y además promovió una capilla a San Vicente. Y por eso me pusieron así. Dicen que el cura le dijo a mi mamá: Oye, Paula, ¿estás segura de que al niño le quieres poner Vicente?... Sí... Se va a llamar Vicente Guerrero... Sí... Se van a burlar de él... ¿Por qué?... Porque Vicente Guerrero es el nombre de un héroe mexicano... Pues por eso... ¿Por eso, qué?... Va a llevar el nombre de dos héroes, el tal Vicente Guerrero, y nuestro Vicente, así que póngale como le digo... Yo seguía en el piso, boca arriba, con la escopeta lista para volarle los sesos a Vicente Guerrero... ¿Y siempre das esa explicación cuando te presentas? No, me contestó, sólo cuando se me quedan viendo así, y señaló la escopeta. El tal Vicente Guerrero resultó ser un tipazo, Eduviges. Vagabundo, sí, pero un tipazo. Culto el Vicente. Hablaba con facilidad de literatura. No nada más había leído a los clásicos. Ahora estaba con los contemporáneos. ¡Un indigente leyendo, Eduviges! ¿Y por qué, le pregunté a Vicente Guerrero? Pues porque en este país, me dijo, es más fácil conseguir un libro que un plato de sopa. El caso es que Vicente me hizo la espera más pasable... Le compartí unos de mis sándwiches... No vengo por eso, me aclaró, pero debo reconocer que me va a caer muy bien. A eso de las diez de la noche, por fin Raymundo Galván salió de su casa. Era momento de seguirlo. Pero esta vez se fue caminando, no se subió al carro. Vicente Guerrero y yo lo seguimos a una distancia prudente. Raymundo caminó unas cuatro cuabras. No iba elegante, tampoco fachoso. Simplemente iba, con paso desenfadado, y de pronto se metió a un callejón. Oscuro como su propia alma, Eduviges, y allí se encontró con alguien más. Otro tipo, también desenfadado. Lo he visto, me cuchicheó Vicente Guerrero, es un hijo de papi drogadicto que ya no le dan para sus dosis, y las anda buscando en las calles. Se llama Marcelo. Raymundo se acercó a Marcelo. Aunque no se saludaron, tuve la impresión de que ya se conocían.

Intercambiaron algunas palabras mientras caminaban en círculos, pero de frente, como midiéndose. Antes de perderse en la oscuridad del callejón, se dieron un prolongado beso. Me quedé paralizado por un momento. Vicente Guerrero encontró una bacha, le quitó el exceso de lipstick, y la prendió. Su mirada iba entre la bacha, mi mirada atónita, y el hoyo oscuro que se tragó a los amantes. Estaba muy avergonzado, Eduviges. Sobre todo con Vicente Guerrero, que pacientemente escuchó la triste historia de un hombre engañado cínicamente por su mujer, y que a la hora se dio cuenta que al sujeto, objeto de las pasiones bajas de su adorada esposa, resultó que le gustaban los yonquis, y sobre todo del sexo masculino. ¿Te das cuenta, Eduviges, el escándalo? Vicente Guerrero me dijo que con unos tacos él se podía fácilmente olvidar de todo el asunto. Y así fue. ¿Te acuerdas esa noche, Eduviges? Fue cuando me dijiste al oído que te gustaba mucho que fuera cariñoso, que por momentos como esos, - acabábamos de hacer el amor, despacito, - que por momentos como esos estabas dispuesta a aguantar el mal humor casi permanente con el que yo vivía. Odié todavía más a Raymundo Galván, sobre todo cuando tres días después de esa noche, Vicente Guerrero me encontró de regreso a casa, y me dijo que creía que todo había sido un montaje para hacerme creer que Raymundo y tú, Eduviges, no eran amantes. Le dije que como lo sabía, y me platico que casi estaba seguro que te había visto en el mismo callejón, con Raymundo Galván... Y otra vez me abordó la duda... Le terminé dando cien pesos a Vicente Guerrero y me fui a la casa.... Cuando llegué, malhumorado como casi siempre, por lo mismo ni siquiera me volteaste a ver. Entré a la cocina, me serví una taza de café y por un minuto metí las puntas de los dedos. Después olí mis yemas, y me tranquilicé. Quería ir a hablarlo contigo... ¿Pero qué te iba a decir? ¿Que sospechaba que te acostabas con Raymundo Galván y que para comprobarlo lo seguí y que descubrí que se besaba con un hombre y que después un indigente llamado Vicente Guerrero me convenció de que era un montaje de los amantes para despistar al enemigo? ¿Qué tal se oye eso? ¡Muy convincente, ¿verdad?! Raymundo no podía dejar de estar en la lista.

*Eduardo sigue cambiándose de ropa.*

Fíjate, Eduviges, cómo los caminos del amor son insospechados. Te lo voy a decir, por primera vez y tal vez por última, pero te lo voy a decir. Me parecía muy emocionante pensar que eras mi amante, a pesar de que estábamos casados por todas las leyes. Y más cuando una vez, ¿te acuerdas, Eduviges?, quedamos en que la palabra amante no necesariamente tenía por qué estar relacionada con lo prohibido. El amante es el que ejerce el amor. Y fíjate, qué curioso, poco a poco dejamos de ser amantes, por diferentes razones. Me dijiste que habías visto una película en la que los esposos jugaban a ser amantes y se veían clandestinamente en un hotel para salvar su matrimonio. Francamente me pareció una estupidez, Eduviges, pero no dije nada, como siempre. A lo mejor era una propuesta y como yo no dije nada, pues lo tomaste como si yo la estuviera rechazando. Pero más que nada donde ya se fue abriendo un espacio enorme entre nosotros, fue con la llegada de la Tita. ¿Por qué esas cosas no se dicen en los matrimonios? Pues porque se cree que si uno se queja de los hijos, los demás van a pensar que no los quieres. Fíjate, Eduviges, no hay una sola razón por la cuál querer a los hijos. Nos quitan el sueño, nos quitan el dinero, nos quitan la tranquilidad para siempre, y luego ni siquiera nos voltean a ver. El que los queramos es un milagro de Dios. Y luego la Tita, que salió supongo revueltita, pero sobre todo a tu familia, Eduviges. Tan salió así, que me llevó a esa reflexión de que no tenemos por qué quererlos, y luego pensé en los homosexuales, Eduviges. Ellos no tienen ese problema, supongo. Duermen bien tranquilos, y todo el dinero que ganan es para ellos. Claro que no tienen las alegrías que dan los hijos, ni la posibilidad de que lo cuiden a uno. ¿Pero sabes una cosa, Eduviges? ¡La Tita nunca me dio una alegría! ¡Y tampoco me va a cuidar cuando yo sea viejo! La Tita dio la primera palada para que se abriera un hoyo oscuro entre nosotros, Eduviges. Ya te estoy oyendo... ¿Dé donde sacaste eso de los hoyos oscuros? ¿También eres poeta? Pero esa fue la sensación que me dio. ¿Te acuerdas que una vez te dijo que cómo me aguantabas siendo así, tan... timorato? Usó otra palabra. Pero algo similar dijo. ¿Será que dijo algo así que cómo me aguantabas teniendo yo tan pocos huevos? Los escuché, por supuesto por casualidad, porque una cosa que aprendí contigo, es que si buscaba, luego iba a encontrar, y no me iba a gustar. Cuando escuché eso fui a preparar café, y luego a entibiáarlo, y luego a llevarme una taza a escondidas al baño para lavarme las manos.

También la escuché cuando te animaba a dejarme, con el argumento de que había muchos hombres mucho más interesantes que yo. ¿De dónde sacó esas cosas, Eduviges? Tú dirás que ella misma sacó esas conclusiones. Y lo peor es que, nunca te lo dije, pero se te veía en la cara la duda. Y tampoco me lo dijiste. Una buena manera de abrir un hoyo oscuro entre dos personas es el silencio. Y para serte muy sincero, Eduviges, el Ari de entrada me caía mal, sólo por el hecho de ser el novio de la Tita. Así me hubiera traído de novio al muchacho más decente y más amable, de todos modos me hubiera caído mal. Por eso la Tita está en la lista. Fue muy doloroso para mí. Sabía que tenía que trabajarlo de alguna manera. No es ni con psicólogos, ni con curas como se arreglan estas cosas. ¡Es con muchos güevos! Es por eso que decidí tomar clases de danza. Primero sacar los malos espíritus a través del sudor. Pero además cumplir aquel sueño que tuve de adolescente. Te voy a confesar algo, Eduviges, pero no puedes andarlo diciendo por allí. ¡Yo quería ser bailarín de ballet! Pero vivía en un pueblo que no hubiera podido entender mis gustos sin acusarme de una perversión irreversible. Sin compadecer a mis padres, a mis hermanos, a mi familia entera. Mi único consuelo era ir a ver las clases de ballet. Margarita, se llamaba la maestra. Se veía que era de toda la vida su pasión por el ballet, pero que justamente la vida se le había ido en eso. ¿Te sorprende, verdad, Eduviges? Imagínate cómo se veía que un chamaco de catorce años se asomara por las ventanas de arriba de la clase de ballet donde estaban niñas de cinco años... Después se veía un poco menos mal... entraban las de siete años. Logré ver esa maestría de Margarita transmitida a las inocentes niñas. ¡Ya desde esas edades se nota, Eduviges, quién trae talento y quién no! Estuve así casi por seis meses, hasta que me cacharon. Y por supuesto, como es en esos pueblos, me trataron de perverso. Mi única explicación era que me gustaba mucho el ballet. ¿Tú lo hubieras creído Eduviges? Pues yo tampoco, así que decidí no decir nada, porque de todos modos no me iban a creer. Les dije que había sido casualidad, que andaba jugando en el árbol desde donde me tenía que subir para ver la clase, pero una niña fresa me acusó que todos los días me subía a ese árbol, y que me quedaba lelo viendo niñas en mallitas. ¡Imagínate, Eduviges! Si la que me volvía lelo era la maestra Margarita. Me encerraron en un cuartito hasta que vino mi papá. Primero lo pasaron con un psicólogo, para recomendarle que no me agrediera, que era

todavía más peligroso si lo hacía. Así que mi papá entro al cuartito, suavemente. Iba acompañado del psicólogo. Lo único que atinó a decirme fue... ¿Qué te falta?... Eso lo dijo después de verme por unos segundos que a mí me parecieron eternos. Me faltan clases de ballet, quise decirle, pero sólo dije: Nada... No me falta nada. El psicólogo, que se veía muy emocionado por el caso, - como comprenderás nunca pasaba nada en el pueblo-, me preguntó: ¿Qué sientes? Y yo, ¿de qué?... De ver a las niñas así... Yo no veo a las niñas, le dije. Veo a la señorita Margarita. Suficiente para que el psicólogo disparara su diagnóstico. ¡Estamos ante un caso clásico de gerontofilia! Mi padre y yo nos volteamos a ver, sin entender si eran buenas o malas noticias. El psicólogo tuvo la oportunidad de su vida para demostrar todo el conocimiento que tenía: Es cuando alguien tiene atracción sexual por los ancianos. Mi padre protestó: Pero si la señorita Margarita debe de tener cuando mucho cincuenta y cinco años... Pero para un niño de catorce, resulta ser una anciana, dijo el psicólogo, con el rostro transformado de alegría. Y luego, con un aire que el mismísimo Freud hubiera envidiado, dijo: Señor Montaña, me gustaría mucho que me permitiera estudiar el caso de su hijo. Sin duda los resultados podrían ayudar a resolver otros casos como este. Ante la duda de mi padre, el psicólogo reforzó sus argumentos: Por supuesto que antes de publicar el libro, podremos llegar a un acuerdo económico, señor Montaña. Mi padre, que estaba con el rostro desencajado, endureció el gesto y dijo: ¡No! Me agarró del brazo, y me sacó de ese improvisado cuarto de interrogatorio. Mi padre estaba dispuesto a quitarme esa terrible patología que era la "gerontofilia". Aunque no podía decir correctamente el término, sabía que el mejor tratamiento era, a los catorce años, enseñarme las mejores revistas pornográficas. Esa es otra historia. Pero bueno, ahora con Teresa, ¿te acuerdas? La maestra nalgoncita con la que voy a bailar tap, todo eso va a salir, Eduviges. Ya verás que voy a terminar siendo un hombre nuevo. Me voy a reinventar, como tú me pedías a gritos, cuando nació la Tita, ¿te acuerdas? Me aburro, me decías. Ser mamá es la aberración más hermosa que conozco, me decías. Pero para eso estás tú, para que me lleses a lo nuevo, a lo misterioso. ¡Qué difícil es crear misterio en lo conocido, Eduviges! Nos conocíamos todos los rincones, ¿cómo ser misterioso con eso? Esa respuesta seguramente ni el psicólogo del pueblo la tenía,



Eduviges. ¡Como me hubiera gustado incluirlo en la lista!, pero no tenía caso, porque pues no iba a volver al pueblo para matarlo.

La primera en la lista era Georgina. Fue fácil embaucarla. Me hice la víctima, Eduviges. Me encontré “devastado” en un parque. Sentado al pie de un árbol. Yo sabía de sus largas caminatas, y que además, no las cambiaba por nada. Como a unos cincuenta metros del árbol a un lado del camino, improvisé un pequeño tinglado de madera. Contaba además con la curiosidad de Georgina, para que se acercara a mí. ¿Qué tiene, don Lalito?, me dijo, encajándome los acicates del diminutivo en las costillas. No, nada, doña Georgina. Solo pensaba. Pero no se ve usted bien, don Lalito. ¿Se me nota mucho? ¿Le puedo ayudar en algo? Allí fue cuando ya no pude contener el llanto. Antes de abrazarme, Georgina volteó para todos lados. Y me consoló entre sus grandes pechos. ¡No llore, don Lalito!, Si algo me mata es ver a un hombre llorar. Es que no puedo más Georginita, - decidí vengarme con el diminutivo - Es Eduviges... ¿Qué pasa con ella?... Me quiere dejar... ¿Y sabe por qué?... Perdón, Eduviges, por utilizarte, pero créeme, tu honor quedó salvado. ¡Sí!... Y era mi última oportunidad de vengarme de Georginita... ¡Porque dice que soy insaciable!... Se hizo un gran silencio, Eduviges... Sólo se oyeron algunos pajaritos a lo lejos... ¿Y? Me dijo. Pues... sí... le dije. Y la única manera en la que se me quita es bailando con ella... ¿Con ella?, me dijo... Con el objeto del deseo... Georgina no sabía ya qué hacer, Eduviges... Solo me alcanzó a decir, casi susurrando: ¿Usted sabe que Eduviges es mi mejor amiga?... Y yo solamente le contesté: ¿Bailamos? Le estiré la mano, y la introduje al tinglado. Ella se dejó conducir, Eduviges. Tu mejor amiga estaba dispuesta a hacer todo para salvar tu matrimonio. Así que ya estando en el tinglado, empecé a hacer mis mejores pasos de tap, hasta que, con todas mis fuerzas, le pisé el empeine, causándole tal dolor que se tiró al piso, y allí seguí bailando tap, con todas mis fuerzas, muy cerca de su rostro, hasta que bailé sobre sus neuronas, Eduviges, a ver si así reaccionaban y controlaban sus hormonas. ¿Sabes que todo está en la cabeza? Bastaron dos compases para que Georgina se quedara calladita, Eduviges. Inmóvil, sin darse el tiempo de entender lo que había sucedido. Tampoco tenía ya sentido explicárselo. Solo quería decirle que los zapatos con los que baile en esta ocasión con ella, eran los mismos de los que ella se burló cuando los vio en la cajuela de mi carro.

Seguía Raymundo Galván. Aunque me parecía que ya era inútil, ya estaba en la lista. Y ya me conoces, Eduviges, lo sistemático que soy. Si ya lo había puesto, tenía que cumplir. Así que lo fui a buscar. Se sorprendió cuando me vio. ¿Cómo supiste dónde vivía?, me preguntó. Preguntando. Y la verdad, le dije, me urge hablar contigo. Mira, Ray, - le dije Ray, como si le tuviera la más mínima estima-, mira, Ray, la verdad es que estoy haciendo una toma de conciencia y quiero perdonar... ¿A mí?... Sí, a ti... ¿Y cuándo te ofendí?... Tragué gordo. En realidad tenía razón. La que me había ofendido era mi puta inseguridad. Y fue entonces cuando de esa misma mente me saltó la solución. Escúchame, Ray. En realidad tú no me ofendiste, yo me sentí ofendido porque lo sé... Raymundo hizo el intento de hablar, pero yo le puse mi dedo índice en los labios, Eduviges. Esa era la prueba que faltaba para estar seguro que Raymundo era homosexual. Si un hombre le pone el dedo índice en los labios a otro, y este no reacciona, ¡pues evidentemente es joto! Y no tienes por qué avergonzarte, mi querido Raymundo, te entiendo perfectamente. Ahora sí abrió los ojos del tamaño de un plato... (*Muy pausado*) ¿Tú también?, ¿Y Eduviges?... Yo nada más la mitad... O sea, ¿eres activo?... Sí... Yo también, me dijo. Y luego, después de vernos por un largo momento, me dijo... ¿Qué hacemos?... Invítame a entrar, le dije. Raymundo, solícito, me abrió la puerta. ¿Quieres tomar algo?, empezó Raymundo. ¡No sé por qué cuando un homosexual descubre a otro, empiezan a jotear! ¿Recuerdas a aquel escritor que se provocaba asfixias mínimas para provocarse orgasmos?, le dije... Evidentemente Raymundo no tenía la menor idea de lo que estaba hablando. Es muy fácil, mira, te las causas con una nuez. Saqué de la bolsa una. Raymundo empezó a temblar: ¿Tienes miedo?... No, eso me pasa cuando me emociono. Muy bien. Sólo uno, y después de eso, me vas a entender. Confía en mí. Siéntate en ese sillón y echa la cabeza para atrás. Abre la boca, y relájate. Raymundo me vio durante unos segundos, pero era evidente que le gustaban los misterios sexuales, lo oscuro de los amantes, así que se puso en posición. Saqué una nuez. Le hable: Será muy suave, no te preocupes, yo te voy a cuidar. Sonrió, un poco más relajado. Solté la nuez en su boca. Evidentemente su lengua lo protegió, así que empujé con más fuerza, hasta meterle la nuez en la garganta. Se atragantó, y empezó a manotear. Fue allí cuando saqué otra nuez, y otra, y otra y cinco más y se las empujé en la boca. Luego también metí mi puño cerrado, y

me senté en Raymundo. Prácticamente no podía moverse, sólo se ponía morado. Hasta que soltó el cuerpo, se relajó... Estaba muerto... ¿Y qué crees, Eduviges? Pues que no tuvo un orgasmo. A mi se me hace que ese asunto del escritor que se provocaba orgasmos con asfixia, es puro mito.

En la lista sólo me quedaban tres, Eduviges. Así que fui por el Ari. Le dije que ya me había caído el veinte de que el amor que le tenía la Tita iba a ser para siempre, así que lo mejor era que nos lleváramos bien. Por supuesto que el chamaco baboso no me lo creyó. ¿De veras?, me dijo... Claro. Es más, nunca te voy a decir Arturo. ¿Cómo ves?... Entonces va en serio, me dijo... Y para demostrártelo, te tengo una sorpresa... ¿Qué es?... No sería sorpresa si te digo... Entonces no la quiero, me dijo. No me gustan las sorpresas. Mas bien se trataba de desconfianza, porque ¿a qué inútil no le gustan las sorpresas? ¡A todos!... Bueno, le dije para aflojarlo, te voy a decir una parte de la sorpresa: ¡Es una despedida de soltero!... A ver, suegro, me dijo. Yo no necesito una despedida de soltero, porque como usted bien sabe la Tita y yo no nos pensamos casar nunca... Eso ya me quedó claro, querido yerno, -primera vez que le decía así- y por eso no me parece justo que no tengas una despedida de soltero. La mirada se le fue al Ari, así como cuando no entiende uno ni madre. Lo mejor de casarse, Ari, es la despedida de soltero. Así que, aunque no te cases, te organicé una. Y figúrate, Eduviges, la frase que lo terminó de convencer fue: Esto es nada más para mostrarte que te acepto en mi familia, y que tengo toda la voluntad para que vivamos en armonía. El Ari se dejó llevar. Lo llevé a un motel del centro. Previamente había contratado a dos chicas, sólo para que se vistieran con antifaces y látigos. Pero sin sexo, ¿verdad, señor? Porque eso le va a costar más, me dijeron con palabras filtradas por un chicle. Sin sexo. Sólo se tienen que olvidar de todo en cuanto salgan de ese cuarto, y les voy a pagar como si sí hubieran tenido sexo. No terminaron de entender, pero les pareció bien el acuerdo. Así que cuando el Ari entró allí, ya lo estaban esperando. Regreso en una hora, le dije. Regresé en realidad a los 5 minutos, con un antifaz y un látigo. Ya lo tenían encuerado y esposado a la cama. ¿Y de esa cosa se enamoró mi hija?, pensé... ¡Váyanse!, les dije a las chicas... ¿Ya? Me dijeron. Que conste que no hay devolución de dinero... ¿Qué pasa?, dijo el Ari... Y fue lo último que dijo. Le di un latigazo en el rostro, al primero cayó inconsciente. Eso terminó de

convencer a las chicas, que salieron corriendo con sus ropas en la mano. Lo de menos iba a ser vestirse. El segundo latigazo se lo di en los huevos, Eduviges. Perdón por el lenguaje, pero hablando de ese tipo no hay otra manera de decirlo. Allí despertó, pero no alcanzó a decir nada, porque el tercer latigazo se lo di en el torso, y se lo abrí. Dos o tres estertores... tal vez cuatro, y allí quedó el Ari. Esperé como media hora a que se muriera bien él sólo. Eso sí lo hizo bien. Lo metí a una gran maleta, y me lo llevé a un lugar en el que no lo van a encontrar pronto, Eduviges. Fíjate que poca cosa era el Ari, que sus últimas palabras fueron: ¿Qué pasa? (*Breve pausa*) Y ya.

*Eduardo ha terminado de vestirse.*

En la lista sólo me faltan la Tita y tú. A veces pienso que esa lista está en mi imaginación, y que lo que les hice a los cuatro primeros nada más está en mi mente. Eso sería fabuloso, Eduviges. Y ahora que sigue la Tita, pienso en ella todo el día. ¡Cómo nunca la había pensado! La vida tiene sus caminos misteriosos para llegar al amor. Hemos aprendido a querer a los chamacos así, sin motivo alguno, y ahora que según yo fui diferente porque desaprendí a quererla, valga la expresión, siento que al pensar todo el día en ella, no voy a poder completar la lista. ¿Será cierto eso que dicen que cuando se te muere un hijo es como si te mutilaran? Pienso que el que acuñó esa frase no tuvo un hijo como la Tita, Eduviges. Sin embargo... No puedo... Se me vienen a la mente los poquísimos momentos agradables. Como cuando participó en su festival navideño a los seis años. A esa edad todavía la maldad no se acuña. Extraño aplaudir, Eduviges. Aplaudir es una manera de sacar las emociones. Hace mucho tiempo que no lo hago. ¿Te podré aplaudir a ti algún día? ¿Le podré aplaudir al policía que me detenga? ¿Le podré aplaudir al juez que me condene? ¿Le podré aplaudir a la Tita cuando me vea, y mueva la cabeza como diciendo: Sabía que ese señor que es mi padre era un psicópata?

*Eduardo empieza a lavarse las manos con café.*

Y tú, ¿qué vas a hacer, Eduviges? Tu y yo teníamos una gran historia de amor. Teníamos todo para ser felices. Pero en algún momento desconocido, esta historia tomó un rumbo desconocido. Todo se volvió necesidad inmediata. Todo se volvió oscuro. Voy a planear todo para que escuches esta grabación antes de irte. Así que si ves que no te dirijo la palabra, aunque me grites que te deje, que te suelte, que estoy loco, es porque no me atrevo a decirte todo esto en persona. Así soy yo, ¿Qué le vamos a hacer? Lo único que voy a extrañar, es la lucidez que teníamos después de hacernos el amor. ¡Lástima, Eduviges! Y quiero que sepas que aunque te tienes que ir, fuiste el amor de mi vida.

*Eduardo termina de lavarse las manos con café. Apaga la grabadora. Prende un reproductor musical, y se escucha la música para que baile tap. Lo hace durante un par de minutos, mientras se hace el*

**Oscuro Final**

**5 de Enero de 2018**